

Estructura, movimiento... y arquitectura

RUFINO HERNÁNDEZ
MINGUILLÓN



CUALQUIER REFERENCIA A UNA ARQUITECTURA precedente se tiñe de ordinario de su carácter constructivo y su tensión estructural. Así sucede desde la cultura de los megalitos hasta las arquitecturas próximas.

La arquitectura de moda no exhibe en general estructuras brillantes, ni tan siquiera eficientes, y la construcción se superpone cual producto cosmético mostrándose como catálogo de materiales novedosos y de nuevas formas sobre una pasarela preocupada de sumar nombres y ajena al devenir profundo de la arquitectura.

Es cierto que no estamos en crisis, que la última gran crisis, la del 68, queda muy lejana, y que la sociedad se manifiesta más abierta en esos trances. Pero esta no es una razón sino una excusa, el pretexto del acomodo, propulsor de una corriente recurrente que impida el movimiento profundo de un manierismo innovador, de tecnologías adecuadas que resulten digeribles a un sistema convertido en inercia esencial.

La reivindicación de la estructura, de la tensión, es la reivindicación de la arquitectura como catalizadora social, como punto de encuentro cultural, como impulsor de nuevas actividades, como forma fundamental de relación con el entorno y el medio ambiente.

Un notable arquitecto me decía recientemente: *“Para mí arquitectura es estructura”*. Era sin duda una posición y no una praxis a favor de la verdadera arquitectura, de la ciencia hambrienta de innovación y de eficacia, del arte escrutador del siguiente límite.

Pocos son los que han seguido las sendas abiertas por Fuller, Le Ricolé, Prouvé, Candela, Nervi, Wright, Piñero, Williams, y tantos otros maestros; bastantes los que les han sacado lustre y fosilizado cual bonitos objetos de estantería culta; muchos más los que las han ignorado.